

## **SALAMANCA-UNAMUNO EN UNA NOVELA DE ROMANA PETRI**

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN\*

RESUMEN: La escritora romana Romana Petri es una de las narradoras italianas más prestigiosa actualmente y, al mismo tiempo, una periodista de gran proyección. En el 2002 publicó su novela *Dagoberto Babilonio, un destino*, en la que el protagonista llega a España en 1936 para combatir en la Guerra Civil española al lado de los republicanos. La novela es una visión de la España en guerra y dentro de esa visión ocupa un lugar importante en la trama de la misma la cercanía de Salamanca, por la que debería haber entrado en España, y porque en ella vive uno de los personajes más vívidos y misteriosos de la obra: Miguel de Unamuno, transformado en otras ocasiones en el profesor portugués Sebastião Rodriguez. Dagoberto Babilonio lee en un periódico que Unamuno muere en Salamanca el 31 de diciembre de 1936 y desde ese momento comienza a elucubrar con la posibilidad de que esté vivo, de que sea uno de sus interlocutores, que, en definitiva, sea una voz histórica actuante desde Salamanca que guía a todo aquel que desde cualquier parte y en cualquier ocasión se acerca a la literatura. Como lazo de unión entre ambos aparecerá la figura de Don Quijote, amado y seguido por ambos.

ABSTRACT: The Roman Romana Petri is currently one of Italy's most prestigious narrative writers, as well as a highly influential journalist. In 2002, she published the novel *Dagoberto Babilonio, un destino*, in which the protagonist comes to Spain in 1936 to fight in the Spanish Civil War on the side of the Republic. The novel gives a view of Spain at war, and within this view an important place in the plot is given to the proximity of Salamanca, where he must have entered Spain, and because in Salamanca lives one of the most vivid and mysterious characters of the novel: Miguel de Unamuno, transformed on occasion to the Portuguese professor Sebastião Rodriguez. Dagoberto Babilonio reads in a newspaper that Unamuno died in Salamanca on 31 December, 1936 and from that moment begins to dream up the possibility that he is still alive, that he is one of his interlocutors, that finally, he is a historical voice acting from Salamanca who guides everyone from anywhere and on any occasion who approaches literature. The figure of Don Quixote, loved and followed by both of them, appears as a bond between them.

PALABRAS CLAVE: Unamuno, Salamanca, guerra civil, don Quijote, literatura, pirandellismo.

\* Universidad de Salamanca.



*Romana Petri, escritora romana, que convierte a Unamuno  
en personaje de ficción en sus obras*

Romana Petri, nacida en Roma, es una de las escritoras italianas de más prestigio actualmente. Es además traductora y colaboradora en importantes periódicos italianos como *L'Unità* o *La Stampa*. Comenzó su actividad literaria en 1990 con su obra *Il gambero blu e altri racconti* (*El cangrejo azul y otros relatos*), por la que obtuvo el Premio Rapallo y el Premio Mondello. Posteriormente ha publicado otras muchas obras de narrativa como *Il ritratto del disarmo* (*El retrato del desarme*), *Il baleniere delle montagne* (*El ballenero de las montañas*), *L'Antierotico* (*El Antierótico*), *Alle case venie* (*A las casas ligeras*), *I padri degli altri* (*Los padres de los demás*), *La donna delle Azzorre* (*La mujer de las Azores*)... y la obra que más nos interesa para nuestro tema: la novela: *Dagoberto Babilonio, un destino*, publicada en Milán, por Mondadori en el 2002.

Hoy día la mayor parte de su producción ha sido reconocida por los lectores y por la crítica, habiendo sido traducida a diversas lenguas y habiéndosele otorgado numeroso galardones como los premios Bari, Chiara; Grinzane Cavour y Rapallo-Carige, además de haber sido finalista del premio Strega.

Como he señalado anteriormente, de su larga producción nos interesa la novela *Dagoberto Babilonio, un destino* por desarrollarse en un entorno hispano, por narrar la historia de un joven sudamericano de origen italiano: Dagoberto Babilonio, que apenas tres meses después de su matrimonio decide abandonar su pueblo natal, Almandera, y a su mujer Raimunda, en busca de su destino que lo lleva en 1936 a España y a participar en la Guerra Civil a favor del bando republicano y por introducir en el relato de sus vicisitudes referencias a Salamanca o personajes salmantinos, concretamente a Miguel de Unamuno.

El protagonista parte de Hispanoamérica y, pasando por Portugal, llega a España. Aquí se encontrará en un ambiente de desolación y muerte por hallarse en plena guerra. Gran parte de la obra se desarrolla en este espacio en el que aparecen Salamanca, Toledo, Madrid, Barcelona, entre otros, situando en ellos a personajes que le sirven de referencia: a Unamuno, Cervantes, Durruti, Dolores Ibárruri, etc.

El protagonista, guiado únicamente por su instinto y sin planificar su viaje, parte de un lugar totalmente ajeno a este espacio bélico<sup>1</sup>. Será consciente de la situación española una vez llegado a Lisboa, donde conoce a Viriato, un portugués comprometido con la causa de los republicanos españoles, que será el primero en informarle de lo que estaba ocurriendo en el país vecino y en alistarle para su causa. El mito de la guerra de España, por tanto, es el verdadero punto de partida de la acción de la novela y los personajes van recorriendo primero los diversos frentes: Jarama, Talavera de la Reina, Madrid, la sierra de Guadarrama, Ciempozuelos, Boadilla del Monte y, posteriormente, al finalizar la guerra, Cataluña y Nápoles.

De Lisboa viaja en tren con dirección a Estremoz –que en la novela aparece como Estromoz–, en el Alentejo portugués, para desde allí pasar a España. La primera intención es hacerlo pasando por Salamanca, como comunica al profesor

1 Vid. GONZÁLEZ DE SANDE, Mercedes. "El elemento hispánico en 'Dagoberto Babilonio, un destino' de Romana Petri". En *Actas del IV Seminario de la Asociación Universitaria de Estudio de Mujeres*. Universidad de Sevilla, pp. 275-284, 2002.

Sebastião Rodriguez, compañero de viaje en el tren y que no es sólo un entomólogo portugués, sino un trasunto de Miguel de Unamuno, como veremos. De él parten las primeras apreciaciones sobre Salamanca, como es lógico, positivas:

–...Se ha oído siempre decir que la vida es sueño, pero para un científico, usted comprenderá, es una herejía. Para un científico sólo queda una esperanza, que el sueño sea la muerte. Pero si no se decide a pensar en ello me diga en cambio al menos a dónde se dirige en España, querría poderlo imaginar.

–No lo sé todavía. Acaso, quizá, a Salamanca.

–Por como están las cosas no lo creo posible, pero si me equivocara no olvide entonces de gozar de los bellos atardeceres salmantinos, son magníficos. Y ahora, si no le molesta, querría reemprender mi lectura, estoy a mitad de un capítulo y debo terminarlo antes de llegar. Es una costumbre mía, nunca pararse en la mitad de un capítulo, se arriesga a perder el hilo...<sup>2</sup>.

Desde la primera andadura de Dagoberto Babilonio por la Península Ibérica le acompañará la figura de Miguel de Unamuno, que actúa como un personaje más de la trama y que aportará al relato una nueva dimensión filosófica e incluso misteriosa con su capacidad de asumir, en determinados momentos, la personalidad del profesor portugués Sebastião Rodriguez, que ejercerá de álter ego suyo encubierto, aunque siempre delatado por algunos indicios. Veamos cómo se produce el encuentro en el tren:

Dagoberto Babilonio cerró la ventanilla y volvió a sentarse. El hombre había abierto un libro de piel verde oscura y detrás de unas gafas de miope su mirada corría veloz sobre las páginas. Tenía una edad poco definible debido a una pingüedad que le conservaba la piel lisa de un niño, pero los pocos cabellos que le quedaban tenían el color del tiempo de una larga vida (p. 61).

Después de un breve intercambio de palabras y de una amplia digresión sobre la oportunidad de fumar o no, se producen las presentaciones:

–Me llamo Dagoberto Babilonio y he nacido en Almadera...

–Yo soy el profesor Sebastião Rodriguez, he nacido en Coimbra y soy un entomólogo. ¿No sabe qué quiere decir, verdad? (p. 63).

La indeterminación de la verdadera personalidad del profesor llega a su culmen, cuando es él mismo el que se refiere por primera vez a Unamuno sin mencionar su nombre, pero dando claras señas identificativas:

---

2 PETRI, Romana. *Dagoberto Babilonio, un destino*. Milán: Mondadori, 2002, pp. 68-69. La traducción es nuestra. Todas las menciones a la obra se harán por esta edición.

–Muy interesante señor Babilonio. Si además es verdad que no sabe leer ni escribir, como dice, entonces la suya es una locura verdaderamente ejemplar y conmovedora. No me queda más que augurarle que se convierta en un guerrero *castizo*. Una bella palabra, ¿no le parece? La usa a menudo un escritor español de quien no recuerdo el nombre, es la fusión de dos palabras: casta en el sentido de raza, y casto, como puro. En España decir de alguien que es *castizo* quiere decir considerarlo español más que a cualquier otro... (p. 67).

Sebastião no logra convencer a Dagoberto para que no se entrometa en lo que se avecina en España e incluso le ofrece pagarle el viaje de vuelta a su país, con tal de librarlo de las turbulencias que se adivinan en el cercano horizonte. Su agradable estancia en Estremoz llega a su fin, aunque los planes iniciales del lugar de entrada en España cambian:

–Se parte al alba Dagoberto –dijo despacio Antonio–. La espera ha acabado. Nos vamos a España...

–¿Nos vamos a Salamanca? –Preguntó Dagoberto Babilonio.

–Ha cambiado el programa, Salamanca ha caído en manos rebeldes. Se alarga el viaje Dagoberto, un viaje largo como una guerra, vamos cerca de Barcelona. Si llegamos vivos nos espera un gran cuartel, vida de soldados por España (pp. 82-83).

Ciertamente es el comienzo de un largo peregrinaje por la España convulsa y ensangrentada de la segunda mitad del año 1936 en el que los hechos reales van siempre acompañados y comentados con el apoyo sobre todo de figuras literarias estimadas por el narratorio de la novela. Es el caso de Miguel de Unamuno, que, a través de Dagoberto y sus interlocutores, aparecerá como maestro de vida y de literatura y fundamentalmente como el máximo representante del quijotismo español.

Romana Petri escoge a Unamuno, otorgándole el don de la clarividencia, fundada en su relevancia y conocimiento de la sociedad española de la época y convirtiéndolo en uno de los pilares esenciales en la filosofía de vida del protagonista. Por esa razón, el final del año 1936, momentos en los que la atención de Dagoberto debería estar exclusivamente concentrada en salvar su vida en los parajes del Jarama, se caracterizará y adquirirá relevancia, porque muere en Salamanca Miguel de Unamuno:

...Se adormecieron todos antes de que cayese la hora del nuevo año y fue una noche fría y seca, de esas con las que generalmente concluyen los bellos días de sol, cuando es invierno. En aquel 31 de diciembre de 1936, en Salamanca, moría de infarto Miguel de Unamuno.

Transcurridos varios días cayó entre las manos de William Spent un periódico, le pareció un regalo tan grande del cielo que se apartó para leerlo en las primeras horas de la tarde bajo un olivo, comiendo lentamente una patata cocida que

desde hacía tiempo era ya la única comida para todos. Dagoberto lo vio desde lejos y fue a su encuentro de buen humor un poco extraviado por el sol que se lo alejaba. Se le sentó al lado y arrancando un tallo de hierba se lo puso en la boca, se tumbó con la espalda sobre la tierra y quedó supino contra el cielo mirándolo insistentemente por lo bello que era, azul y sin nubes.

–¿Qué dicen las palabras que estás leyendo? –le preguntó en voz baja.

–Cosas feas, y muchas ni siquiera son ciertas... Hace pocos días ha muerto de infarto Miguel de Unamuno, y la verdad futura no servirá para volverlo a traer al mundo, ni para hacerle tener una muerte menos infeliz.

–¿Quién era?

–Era poeta, novelista, filósofo, uno de los más luminosos de España, y como nosotros dos estaba fascinado por la figura del hidalgo y de sus proezas. Era un hombre que ha tenido el valor de rehacer a tiempo sus pensamientos, y se puede sufrir mucho por esto porque después, cuando se mira el mundo con otros ojos, uno se da cuenta de cuánto pesa el mal, qué fatigoso es combatirlo cuando se ha sido cómplice de ello de buena fe. Y esto puede llegar a ser insoportable, porque se está completamente solo. El estallido de esta guerra lo ha sorprendido en territorio nacionalista porque era rector de la Universidad de Salamanca, y por extraño que pueda parecer en semejante hombre, apoyó su causa. Pero el 12 de octubre se había dado ya cuenta. Era el día de la fiesta de la raza, y hubo una solemne ceremonia en el Aula Magna de la Universidad, estaban el obispo de Salamanca, el gobernador civil, estaba la mujer de Franco y un general con un extraño nombre que no recuerdo pero que era famoso por todos los trozos de su cuerpo que había perdido en la guerra. Este mutilado hizo un discurso horrible, dijo cosas como: “¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la Muerte!” y los presentes le respondían, “¡España! ¡Una!”. Entonces Unamuno tomó la palabra y dijo que había pasado su vida creando paradojas que habían indignado a quienes no las comprendían, pero que la bárbara paradoja que acababa de escuchar le repugnaba, porque era realmente doloroso tener que pensar que discursos semejantes dirigían a las masas. Concluyó diciendo, “Vosotros venceréis porque tenéis la fuerza bruta. Pero no convenceréis. Porque para convencer debéis persuadir. Y para persuadir es necesario precisamente lo que a vosotros os falta: razón y derecho en la lucha”. No puso nunca más el pie en la Universidad, desde entonces permaneció en casa, arrestado. Si no lo llevaron a prisión fue solamente por el miedo a las repercusiones que habría tenido en el mundo un acto semejante. No ha resistido ni siquiera tres meses, tuvo que ser tanta la rabia que desde aquel día el mal ha comenzado a comérselo por dentro hasta llegarle al corazón.

–¿Tú crees que verdaderamente vencerán ellos?

–No lo sé, y saberlo ahora no sirve de mucho (pp. 124-126).

Después de estas palabras de William Spent, se produce el hecho más original de la obra: el descubrimiento por parte de Dagoberto Babilonio de que la fotografía que aparece en el periódico, refiriéndose a Unamuno, representa la cara de alguien conocido por él: el profesor portugués Sebastião Rodriguez:

Al acabar de hablar William Spent dejó caer el periódico y Dagoberto Babilonio lo cogió mirando el remolino bajo el sol, esa manera que tienen las palabras de cegarse y apagarse juntas, palabras reblandecidas por la luz y que se ondulan como agua de mar.

En el centro de la página una fotografía granulosa que debía ser ruda al tacto y quizá también templada como el resto del papel. Le pareció que no conseguiría concentrarse sobre aquel rostro, se quedaba suspenso en el fondo oscuro, una tela a las espaldas probablemente una cortina, que parecía absorber el negro de los cabellos, pero quizá también ella era una realidad ilusoria, que el hombre no era ya muy joven, y el color de los cabellos podía ser el efecto de la impresión, negro de fondo que se había extendido para pintar la blancura. Puso la imagen bajo la luz, después la trasladó a la sombra, después se ayudó con la parte vacía y llena de un ramo colgante que la maculaba. Probó desde todos los ángulos, casi buscando rotundidad donde sólo había chatura, casi como si la imagen pudiera emerger y mostrar la hinchazón de una mejilla, el surco de una arruga. Permaneció así largo tiempo en ese ver y no ver, pero después viendo verdaderamente, y de repente. Y entonces cerró el periódico, lo apoyó sobre la hierba y dijo,

–Deben haberse equivocado, han puesto una foto por otra. Yo conozco a este hombre y no solamente no es el que tú dices, sino que no es ni siquiera español. Es un científico portugués y se llama Sebastião Rodriguez. Hemos hecho un viaje en tren juntos, desde Lisboa a Estromoz, y me ha hablado mucho. Estoy seguro de que es realmente él.

–También yo estoy seguro, lo he visto otras veces en los periódicos. Era un hombre importante, aquí en España se lo puedes preguntar a cualquiera. Las fotografías son diferentes de las personas verdaderas, habrás encontrado a alguien que se le parecía mucho.

–Es posible, pero el parecido es tanto. Y además mira, este sombrero, es demasiado pequeño para su cabeza. También el hombre del tren llevaba uno demasiado pequeño. Te digo que es el mismo, pero que habrá tenido alguna buena razón para viajar con otro nombre.

–¿Cuánto tiempo hace que ha sucedido?

–Habrá sido hacia finales del verano.

–Imposible, no tenía ningún motivo para ir a Portugal. No sé si ni siquiera ha estado nunca allí. Escucha, he leído todos sus libros, intenta recordar lo que te ha dicho.

–Me acuerdo muy bien, ha comenzado a hablar de la muerte y después ha dicho que era un científico que estudiaba la vida de los insectos. Le pregunté si los estudiaba todos y él dijo que eso era imposible, que precisamente en los últimos diez años estudiaba sólo a uno. Era un insecto con extrañas costumbres, su único fin era reproducirse y matar a sus semejantes. Los que eran matados morían de repente, y eso le daba mucho que pensar porque él en la muerte quería ver una explicación científica y aquel insecto se resistía a dársela. Dijo que ese modo de morir era realmente innatural. Me he preguntado qué hay nunca de innatural en la muerte, y él, como si me hubiera leído el pensamiento, ha dicho que era muy

innatural la falta de explicación. Lo recuerdo bien, hablando de este insecto ha usado estas palabras: muere de repente, en la plenitud de sus fuerzas, sin ni siquiera un anuncio de decadencia. Y después ha añadido que cada muerte repentina es la derrota de la ciencia.

–Sí, era él, esto es propio de una de sus paradojas. ¿Qué más ha dicho?

“Que no hay necesidad de jugarse la vida, sino jugarse a sí mismo. Y después ha nombrado a un escritor, uno que ha escrito un libro sobre la guerra y sobre la paz, que tenía ideales justos pero no se ha hecho matar porque la vida cuenta mucho, y con el hecho de que hubiera permanecido vivo la literatura había conseguido una gran ganancia.

–¡Tolstoy!

–Él es. Y después ha hablado de la vida, ha dicho que para muchos es sueño, pero no para él que era un científico y conocía solamente lo verdadero. Dijo que para uno como él si había una esperanza de encontrar el sueño era en la muerte.

–La muerte es sueño... Si no era Unamuno, lo imitaba. Muerte como renuncia a la gloria y a la obra, la muerte del buen hidalgo que no teme el infinito ni lo eterno. El hombre que es sobre todo y ante todo bueno, el que dice, “Si la bondad nos hace eternos, ¿qué mayor sabiduría que morir?” (pp. 124-128).

Pirandelliana y unamunianamente la realidad y la ficción no sólo se confunden, sino que se identifican en un mismo grado de verdad y, como en *El Otro* de Unamuno, donde no se sabe quién es Cosme y quién Damián, y si los dos son la misma persona en dos apariencias, aquí Romana Petri hace genettianamente uso del hipotexto y utiliza las ideas más significativas de Unamuno para avanzar en su narración y para sustentar ideas que los personajes por sí mismos no hubieran podido defender y ni siquiera presentar. Unamuno es para Dagoberto personaje vivo y sujeto a la muerte, pero también capaz de trascenderla con sus ideas en beneficio del hombre que sufre y se angustia con su destino:

–Tú sabes lo que escribía y pensaba, pero el hombre que yo he conocido tenía un gran miedo de la muerte repentina. Y si es así precisamente como ha muerto, de repente y de infarto, debo haberlo encontrado en un momento de vida presente pero también futura, porque me pareció que tenía un cierto presentimiento de esa forma de muerte. Aquel hombre se había perdido y salvado al mismo tiempo, lleno de miedo y de valor, luchaba contra la tortura de quién sabe qué invencible timidez y vivía en una continua muerte. Ha intentado saber quién era y a dónde iba, y viéndome tan solo, llegado de la otra parte del Gran Océano para venir a esta guerra, se ha entristecido y me ha dicho que la soledad es un pecado grave, que es mejor abandonar toda idea de grandeza, porque cualquier cosa que hagamos en la vida, eco de un nombre, es cosa fría, destinada a desvanecerse en el aire cuando el aire se desvanece. Y este recuerdo me puso encima una gran melancolía, porque para atravesar la mitad de la tierra sugestionado por quién sabe qué desconocida promesa, he abandonado allá a mi esposa, y entonces he pensado que si los nombres se convierten en humo los amores en cambio permanecen, y

son cosas que calientan las ruinas de los mundos. Desde ese día me he sentido un gran pecador, y como si no hubiera habido ya sólo yo mismo, sino dos hombres dentro de uno solo (p. 128).

Las palabras que el áter ego de Unamuno le dirigió en el tren provocan largas reflexiones de Dagoberto, porque las paradojas unamunianas le ponen en la disyuntiva de cuestionar las verdades e ideales que él creía firmes e inamovibles y que un buen día, en pos de un ideal, le impulsaron a cruzar el Atlántico, para que, al igual que un nuevo don Quijote, pudiera luchar en España por lo que él consideraba la legitimidad y el derecho:

–Si acaso un día volviera a Almandera esta será mi historia. En las tardes de poco viento hablaré a todos del señor Unamuno que ha muerto antes un poco y después del todo para morir mejor y en el fiel de las ideas. Contaré todo lo que me ha dicho, pero me preguntarán por qué se ha aparecido precisamente a mí, ¿Qué debo responder?

–Antes de nada dirás que tenía ganas de hablarte de la guerra, y que ha elegido la paradoja de los insectos porque el desprecio de la vida le producía un gran dolor, y además porque era un gran apasionado del más famoso hidalgo de España, que lo conocía tan bien que le dio una vida verdadera, hecha de carne y hueso y no sólo del papel de Cervantes. Y que si se ha aparecido precisamente a ti, durante este largo y fatigoso viaje tuyo, debe haber sido porque tú se lo recordabas un poco (p. 130).

La terminación de la Guerra Civil lleva a Dagoberto Babilonio a Cataluña, donde pasa desapercibido trabajando como pastor y aprendiendo a leer y a conocer la literatura gracias al alcalde de Sant Pere, aficionado a recitar versos y a leerle pasajes de obras literarias, en alguno de los cuales vuelve a aparecer Salamanca:

Dividida así su formación, dispuesta la emboscada y detallado ya lo que era necesario hacer, se dirigió hacia Salamanca (p. 180).

Después de Cataluña, Dagoberto se establece en Nápoles y hacia el final de la novela, cuando la muerte le está cercana, vuelve a encontrarse con el profesor Rodríguez-Unamuno y nuestro personaje intenta conocer cuál es su verdadera personalidad en un diálogo trepidante en el que poco a poco los límites entre lo real y lo ficticio se eliminan casi por completo:

–Escuche profesor, debo preguntarle una cosa. Hace muchos años, en un periódico, vi la foto de un hombre que era idéntico a usted.

–Si era idéntico a mí sería yo.

–Es probable, pero tenía otro nombre.

–¿Qué quiere que cuenten los nombres señor Babilonio?

–Este hombre, un filósofo, se llamaba Unamuno.

-No era sólo un filósofo, era también novelista, poeta... No sea tan poco generoso.

-Este hombre apareció en los periódicos porque el 31 de diciembre del 1936 murió de repente de infarto.

-Entonces no era yo jovencito. ¿Le parezco muerto?

-No. No sabría.

-¡Enhorabuena! ¿Usted no sabe distinguir los vivos de los muertos? ¿No?

-No sé ya nada profesor. Sabe, encontrarlo después de tanto tiempo e idéntico a entonces, casi más joven, y aquí, en Nápoles...

-¿En Nápoles? (pp. 335-336).

Dagoberto Babilonio se asienta en la confusión y no distingue si vive en Nápoles o en Almandera o en Coimbra, donde el profesor le dice que están, pero él siente la necesidad apremiante de tener una verdad incontestable a la que aferrarse y por ello insiste:

-¿Es usted ese Unamuno que he visto en el periódico, verdad?

-Oiga, yo digo muchas cosas porque me gustan mucho las paradojas. Pero hay una que repito muchas veces al día, y ahora haga el favor de escucharla bien: no quiero morir, no quiero y no quiero quererlo. ¿Qué me dice? ¿Le parece que podría estar muerto?

-Oiga profesor, nosotros nos hemos encontrado antes de la fecha de su muerte, por tanto en aquella época usted estaba todavía vivo...

-Óptima deducción.

-...sin embargo yo, cuando vi su fotografía, tuve enseguida la impresión de que el hombre con el que había hablado en tren quizá fuera un fantasma. Pero si usted no estaba todavía muerto, ¿de quién era el fantasma?

-Ya, quizá era el fantasma de mis miedos a las muertes repentinas. ¿He muerto repentinamente?

-Decían que de infarto.

-Déjalo. Y después hazme caso a mí, no hay cosa que sea la misma en dos momentos sucesivos de su existencia (p. 336).

Rodriguez-Unamuno intenta aclarar la confusión de la mente de Dagoberto Babilonio a través de una serie de ejemplos e incluso le hace partícipe de sus proyectos literarios en curso:

-Profesor, tiene todavía su maleta, la misma que tenía en aquel viaje en tren.

-Sí, la tengo todavía.

-¿Está siempre de viaje?

-No, aquí tengo mis papeles: poesías, novelas. Estoy trabajando en una historia de amor. Sé que a usted estas historias le interesan poco, pero recuerdo bien sus razonamientos sobre la castidad, pero el de mi historia es un amor irrelevante. Al

final el protagonista se da cuenta de no ser ni siquiera verdadero, de ser sólo el sueño de un escritor que sería yo. ¿Le gusta?

–Sí, es una bonita historia.

–Es la historia de un destino, y esto usted debería saberlo, el destino no es nunca suficiente con pensarlo, necesita... sentirlo, y entonces se termina siempre con juzgarse bien a sí mismo.

–¿Como Tolstoy, profesor?

–Veo que tiene buena memoria.

–Me gustaría saber que está leyendo ahora.

–Yo no leo ya nada jovencito, yo releo. Es diferente. En este período estoy rele- yendo mi obra preferida, la más grande del mundo: el *Don Quijote*. ¿La conoce?

–La he comprado esta mañana, pero desde hace un buen poco de tiempo que ando tras ella.

–Entonces buena lectura, usted es un hombre envidiable, se dispone a dar un gran paso. Pero hágame caso, no se deje influir por la gran cantidad de tonterías que se han dicho sobre esta obra maravillosa. Hay incluso eméritos imbéciles que afirman que si encontramos a un hombre sentado solo en un banco que ríe a más no poder, las posibilidades son solamente dos: o está loco o está leyendo el *Don Quijote*. Acuérdesse que quien afirma esto es un grandísimo imbécil. El *Don Quijote* no hará reír jamás, es trágico desde el comienzo hasta el final. Es desesperación pura. Desconfíe de quien se ríe de este grandísimo caballero errante, porque quien ríe de él tiene el alma malvada y bastante vulgar. Y ahora lo saludo.

–¡Profesor Unamuno!

–¿Qué quiere?

–Usted está muerto, está muerto desde hace treinta y cuatro años, ¿lo sabe?

–Cierre el pico.

Dagoberto Babilonio cumple su destino totalmente en Nápoles, cuando su mujer Raimunda lo mata y momentos antes de entonar la canción de despedida de la vida los lugares se mezclan y en el tránsito a la muerte el profesor Rodríguez-Unamuno lo contempla:

–Estamos quizá en Coimbra. Lo saludo profesor, su cabeza es demasiado grande para ese sombrero, pero no importa, a usted le sienta bien...